

de conseguir de ellos lo que se quiere, es darles siempre la razon. ¿ No viste con qué orgullo se me echó encima, como si yô hubiera dicho algun despropósito? Mas yo no hice caso. Todos son lo mismo; con todo, debemos dar gracias á Dios de que, segun parece, la has agradado, y quiere protegerte de véras.

El deseo de servir al padre Guardian; la satisfaccion que se experimenta en dar amparo á un miserable; la idea del buen concepto que produciria una proteccion concedida con fin tan piadoso; cierta prevencion en favor de Lucía; el



Alegrábanse la madre y la hija.

placer que causa el hacer bien á una inocente, el consolar y socorrer á los oprimidos, habian realmente determinado á la señora á tomar á su cargo la suerte de las dos emigradas. En virtud de órdenes que dió, y del cuidado que mostró por ellas, las colocaron en la habitacion de la demandadera, considerándolas como empleadas y dependientes del convento. Alegrábanse la madre y la hija por haber hallado tan presto un asilo tan seguro y honroso. Hubieran tambien deseado que nadie tuviese noticia de ellas; pero esto era imposible en un convento como aquel, tanto más, cuanto habia una persona poderosa empeñada en saber el paradero de una de ellas, y en cuyo ánimo se agregaba á la pasion y al empeño primero, el coraje de haberse llevado chasco y haber sido engañado. Nosotros, dejando á las dos mujeres en su refugio, volveremos al palacio de D. Rodrigo, en la hora en que estaba aguardando con ansia el resultado de su perversa comision.

CAPÍTULO XI

Como los perros, despues de haber corrido inútilmente una liebre, vuelven jadeando, con la cola caída y las orejas bajas, del mismo modo en aquella alborotada noche volvieron los bravos al palacio de D. Rodrigo, el cual estaba á oscuras, dando paseos en un camaranchon que caia á la llanura. Parábase de cuando en cuando á oir y mirar por las rendijas de las toscas ventanas con grande impaciencia y no sin inquietud, no tanto por lo dudoso del éxito, cuando por las resultas que pudiera muy bien tener, porque la empresa era una de las más graves que hasta entónces habia intentado el buen caballero. Sin embargo, se iba animando con las precauciones que se habian tomado para que no quedase indicio alguno del hecho. En cuanto á las sospechas, se reia de ellas.

— ¿ Quién será — decia — el valiente que se atreva á venir aquí, para averiguar si hay ó no una muchacha? Venga cualquiera, que será bien recibido. ¿ Que venga el fraile? Que venga. ¿ La vieja? La vieja, que vaya á Bérgamo. ¿ La justicia? ¡ Qué, la justicia! el Podestá no es ni un muchacho, ni un loco. ¿ Y en Milan? ¡ Milan! ¿ quién se cuida en Milan de tales gentes? ¿ quién les dará oídos? Nadie sabe siquiera que existen; ni tienen un amo que pueda clamar por ellas. Vaya, vaya, fuera miedo. ¡ Cómo se quedará por la mañana el conde Atilio! Ahí verá si yo soy hombre de chapa. En fin, si hubiese algun tropiezo... ¿ Qué sé yo?... Si algun enemigo quisiese aprovechar la ocasion... Tambien Atilio podrá aconsejarme... En ello se interesa el honor de toda la parentela.

Pero el pensamiento en que más se detenia, porque en él hallaba mejor solucion de sus dudas, y tambien un alimento á su pasion principal, era el de los halagos y las promesas con que esperaba vencer á Lucía.

Mientras hacía esta cuenta sin la huéspedada, oye pisadas, abre un poquito la ventana, se asoma y dice :

— ¡ Ellos son !... ¿ Y la litera ?... ¡ Qué diablos ! ¿ dónde estará la litera... tres... cinco... ocho ; allí vienen todos. También está el *Canoso*... pero la litera no se ve. ¿ Qué diablos querrá decir esto ?

Así que entraron todos, dejó el *Canoso* en un rincón de una pieza baja el bordon, se quitó el sombrero, arrojó la carabina, y, según lo exigía su empleo, que nadie le envidiaba en aquella ocasión, subió á dar cuenta de su expedición á D. Rodrigo. Aguardábale este en la escalera, y viéndolo venir con el aspecto de un bribón chasqueado :

— ¿ Y bien, — le dijo, — señor matasiete ? ¿ señor baladron ? ¿ señor general derrotado ?

— Dura cosa es, — contestó el *Canoso* con un pié puesto en el primer escalón ; — dura cosa es oírse reconvenir después de haber servido fielmente, haber cumplido con su obligación, y á mayor abundamiento, haber arriesgado el pellejo.

— ¿ Cómo ha ido ? Veamos, — dijo D. Rodrigo encaminándose á su aposento.

Siguióle el *Canoso*, el cual hizo inmediatamente relación de lo que había dispuesto, ejecutado, visto y no visto, oído, emido y remediado, y lo hizo con toda la confusión, la incertidumbre y el aturdimiento que debía reinar en sus ideas.

— Tienes razón, — dijo D. Rodrigo ; — te has portado bien ; has hecho todo lo que era posible ; pero... ¿ si debajo de este techo habrá algún espía ? Si le hay, y llego á descubrirle... y como le haya, le hemos de descubrir ; te aseguro, *Canoso*, que le he de poner como merece.

Á mí también me ha ocurrido esa especie, — dijo el *Canoso*. — Si le hubiese, y llegamos á descubrir semejante bribón, mi señor debería entregármelo. Á mí me tocaría el pagar al tunante que se hubiese divertido en hacerme pasar una noche de perros como esta : sin embargo, por el conjunto de las circunstancias, me parece que hay otro

embrollo que no se comprende ; mañana veremos más claro.

— ¿ No os han conocido ? — preguntó D. Rodrigo.

— Me parece que no, — contestó el *Canoso*.

Y la conclusión de la conferencia fué que D. Rodrigo le mandó tres cosas. Primera, despachar muy temprano dos hombres para que hiciesen al Cónsul la intimación que hemos visto ; segunda, que mandase otros dos á la casucha, para evitar que nadie entrase y viese la litera hasta la noche, que se enviaria por ella, porque no convenia por entónces dar más pasos que pudiesen llamar la atención ; y tercera, que saliese él mismo á husmear, y enviase también otros dos de los más despejados á inquirir la causa de la trapisonda de aquella noche. Dadas estas órdenes, despachó con muchos elogios al *Canoso*, para que se fuese á dormir, y él mismo se retiró á su cuarto.

La mañana siguiente muy temprano ya andaba corriendo el *Canoso*, cuando se levantó D. Rodrigo. Buscó inmediatamente al conde Atilio, el cual, apenas le vió, le dijo con tono de mofa :

— ¿ Y San Martín ?

— No sé qué contestar, — respondió D. Rodrigo ; — pagaré la apuesta ; pero no es eso lo que más me escuece. Nada te he dicho, porque pensé sorprenderte ; pero... En fin, ahora te lo contaré todo.

— Aquí anda la mano del fraile, — dijo el primo después de haberle oído toda la historia, con más atención de lo que podía esperarse de una cabeza tan destornillada. — Á ese fraile, con su gazmoñería y su mónita, le tengo yo por un solemne pícaro. ¡ Tú nunca me has querido hablar con franqueza ! ¡ No quisiste decirme á qué vino á hablarte !

Refirióle entónces D. Rodrigo la conferencia.

— ¿ Y tú le aguantaste ? — exclamó el Conde. — ¿ Y le dejaste salir sin darle su merecido ?

— ¿ Qué querías ? ¿ que me enemistase con todos los capuchinos de Italia ?

— No sé, — replicó el Conde ; — pero yo en aquel mo-

mento, quizá me hubiera olvidado que había más capuchinos que aquel picaron que me insultaba; pero además, aún sin faltar á las reglas de la prudencia, ¿deja de haber modos de vengarse también de un capuchino? En fin, puesto que se ha librado del castigo que merecía, le tomo yo bajo mi protección, y quiero tener el gusto de enseñarle cómo se habla con las personas de nuestra clase.

— Eso sería poner las cosas en peor estado.

— Fíate una vez de tu primo, y no tengas cuidado, que te serviré como amigo y pariente.

— ¿Y qué tratas de hacer?

— Todavía no lo sé; pero te aseguro que saldremos de ese fraile. Lo pensaré... El que me ha de servir es el Conde mío, del Consejo secreto. Me baño en agua rosada siempre que hago trabajar en mi favor á ese politician... Pasado mañana estoy en Milan, y de un modo ó de otro, verás que el fraile me la paga.

Trajeron en esto el almuerzo, que no impidió que se continuase hablando de un negocio de tanta importancia. Aunque el Conde tomaba en él aquella parte que requerían el honor de familia y la amistad del primo, según las ideas que tenía de la amistad y del honor, hablaba con desahogo y franqueza, y no podía ménos de reirse de cuando en cuando de la aventura de D. Rodrigo; pero este, como se trataba de causa propia, no tenía gana de fiestas, y agitando en su cabeza pensamientos más graves, decía:

— ¡Qué de habladurías habrá en todos los alrededores! Pero á mí ¿qué me importa? En cuanto á la justicia, tampoco temo: pruebas no las hay, y aún cuando las hubiera, me reiría de ellas. De todos modos esta mañana he hecho prevenir al Cónsul que se guarde bien de dar cuenta al Podestá de lo sucedido: pues siempre es mejor que se hable del asunto lo ménos posible.

— ¡Bien hecho! — respondió el Conde, — porque aunque seas amigo del Podestá, si le van con una delación... ¡Y qué testarudo es!

— Sí, — dijo D. Rodrigo con seriedad; — por eso tú siempre le contradices, te burlas de él, y á veces le aburres. ¡Qué diablos! ¿un Podestá no puede ser algo bestia y terco, si en lo demás es un hombre de bien?

— ¿Sabes tú lo que digo? que me parece que tienes tu poquito de miedo.

— ¡Qué miedo! ¿No me has dicho tú mil veces que conviene contemporar en muchas ocasiones?

— Sí, lo he dicho; y para que veas que soy consecuente, hoy mismo voy á ver al Podestá, y á darle razón en todo. Por otra parte, más necesidad tiene él de nuestra protección que nosotros de su condescendencia.

Después de estas y otras pláticas de la misma naturaleza salió el Conde á cazar, y D. Rodrigo estuvo aguardando con ansia al *Canoso*, que por fin cerca de la hora de comer vino á dar cuenta de lo que había hecho.

La greca de aquella noche había sido tan ruidosa, y la ausencia de tres personas en un pueblo de corto vecindario era un hecho tan notable, que las indagaciones, ya por intereses, ya por curiosidad, debían precisamente ser muchas y repetidas: por otra parte, los que algo sabían eran en demasiado número para que todos se conviniesen en no hablar. No podía Perpétua asomarse á la puerta sin que le preguntasen quiénes eran los que habían metido tanto miedo á su amo. La misma Perpétua, repasando en su mente todas las circunstancias del suceso, y conociendo cómo Ines la había embromado, se encolerizó tanto por semejante perfidia que necesitaba un poco de desahogo. Es cierto que no se quejaba del modo con que la habían embaucado, porque acerca de esto guardaba el más profundo silencio; pero no podía callar el tiro hecho á su amo, y sobre todo por haberle dado aquel chasco un mozo que pasaba por hombre de bien, y una viuda que se tenía por muy honrada. Gervasio, que estaba ufano por haber pasado un gran susto, y por haber cooperado á una cosa que olía algo á criminalidad, se consideraba ya un hombre como los demás, reventaba por ala-

barse de ello, y aunque su hermano Antoñuelo, que temía á los escribanos más que á los jueces, le inclinase al silencio, amenazándole con el puño cerrado, no podía teparle la boca. Antoñuelo tambien, como aquella noche se habia retirado á su casa más tarde de lo que acostumbraba, con un semblante y una agitacion que le obligaba á la sinceridad, no pudo ocultar el hecho á su mujer, que por cierto no era muda. El que habló ménos de todos fué Mingo; porque apenas principió á contar á sus padres la historia y el objeto de su expedicion, tuvieron por cosa tan peligrosa el que un hijo suyo se hallase mezclado en una trama cuyo objeto era frustrar un proyecto de D. Rodrigo, que no dejaron que el muchacho concluyese su narracion, imponiéndole perpétuo silencio con graves amenazas; y el dia siguiente, pareciéndoles que todavía no estaban bien seguros, determinaron no dejarle salir de casa en algun tiempo; ¿pero qué importaba? si ellos mismos hablaban con los vecinos, y sin querer aparentar que sabian más que los otros, cuando se trataba del punto oscuro de la fuga de los tres ausentes, de cómo, y adónde, añadian, como cosa sabida, que se habian refugiado en Pescarénico; y así esta circunstancia se agregó tambien á las noticias que corrian.

Con todos estos retazos de noticias, zureidos luégo, como suele suceder, y la franja que se les pega naturalmente al coserlos, habia bastante para forjar una historia, igual á muchas que suelen forjarse tambien en nuestros dias; pero lo que dejaba la historia todavía oscuro y embrollado era el hecho de la invasion de los bravos, accidente del cual nadie tenia una noticia exacta, aunque demasiado ruidoso para poderle separar del resto. Entre los susurros andaba el nombre de D. Rodrigo y en esto todos estaban de acuerdo; pero en lo demas variaban los datos. Se hablaba mucho de los bandoleros que se vieron al anochecer, y del que estaba á la puerta de la taberna; preguntaban al tabernero quiénes fueron los concurrentes de la noche anterior; pero el tabernero ni se acordaba haber visto gente, ni dejaba concluir, diciendo que

la taberna era un puerto de mar. Lo que sobre todo trastornaba las cabezas y desordenaba las conjeturas, era el peregrino que vieron Estéban y Cárlos Andres, al que quisieron matar los facinerosos, y que marchó con ellos, ó se lo llevaron. ¿Y qué vendria á hacer? Unos decian que era un alma buena que acudió para salvar á las dos mujeres; otros que era el alma perdida de un peregrino bribon é impostor, que todas las noches iba á reunirse con los que cometian las maldades que él cometió cuando vivia; otros que era un verdadero peregrino, que quisieron asesinar los bandoleros porque se disponia á despertar á los habitantes; otros (cosa rara) que era uno de los mismos bandoleros disfrazado: en fin, eran tan vagas, tan diversas, tan confusas las noticias, que no hubiera alcanzado á aclararlas toda la sagacidad y experiencia del *Canoso*, si él hubiera tenido que deslindar esta parte de la historia por medio de las conjeturas ajenas. Pero lo que justamente era más oscuro, como sabe el lector, para los demas, era tan claro para el *Canoso*, que le sirvió de llave á fin de interpretar las demas noticias recogidas por él y sus exploradores, componer una relacion bastante circunstanciada para D. Rodrigo. Encerróse, pues, con él, y le dió cuenta del golpe que intentaron los novios, lo que explicaba el motivo de haber encontrado la casa sin gente y el tocar á rebato. Habló de la fuga de los mismos novios, hallando la causa de ella en el temor que experimentarían despues de su intentona, ó en algun aviso que recibirían de hallarse invadida su casa; y por último añadió que se habian refugiado en Pescarénico. Alegróse don Rodrigo al ver que nadie le habia hecho traicion y que no quedaba rastro alguno del hecho, que podia comprometerle; pero su alegría fué efimera.

— ¿Conque huyeron juntos? — exclamó. — ¡Y ese fraile! ¡Ese fraile pícaro tiene tambien la culpa de todo!

Pronunciaba estas palabras mordiéndose los labios, y su cara aparecia tan fea como sus pasiones.

— Juro que ese fraile me la ha de pagar... *Canoso*, á fe de caballero... quiero saber... quiero hallarlos... Esta noche

he de averiguar dónde están. Aprisa, *Canoso*, á Pescarénico al instante á indagar y á saber... Cuatro escudos al momento y mi proteccion para siempre: esta noche quiero saberlo todo... Y ese bribon: ese fraile...

Sale de nuevo el *Canoso* á campaña, y en la noche de aquel mismo dia pudo traer á su amo la noticia que deseaba. Hé aquí de qué manera.

Uno de los mayores consuelos de esta vida es la amistad; y uno de los mayores consuelos de la amistad es el tener una persona á quien poder confiar un secreto. Los amigos no están divididos por parejas como los matrimonios, sino que, generalmente hablando, cada uno tiene más de un amigo, lo que forma una cadena interminable. Cuando, pues, un amigo se proporciona el consuelo de depositar un secreto en el seno de otro, excita en este el deseo de proporcionarse respectivamente el mismo consuelo: es verdad que le pide que nada diga; pero si esta condicion se tomase en sentido riguroso, se cortaria inmediatamente el curso de los secretos; por esto la práctica general obliga á que no se fie el secreto sino á un amigo de confianza, imponiéndole la misma condicion; y así de amigo en amigo corre el secreto la cadena de las amistades hasta que llega á oídos de aquel ó de aquellos á quienes nunca queria que llegase el primero que le confió. No hay duda en que un secreto por lo regular tardaria mucho tiempo en recorrer dicha cadena si cada uno sólo tuviese dos amigos, esto es, el que le confia y aquel á quien lo confia; pero hay hombres privilegiados que cuentan los amigos á centenares, y cuando un secreto llega á uno de estos hombres, los turnos son tan rápidos y multiplicados que ya no es posible darles alcance. Nuestro autor no ha podido averiguar por cuántas bocas pasó el secreto que el *Canoso* tenía orden de descubrir; mas el hecho es que habiendo vuelto á Pescarénico con su carro, á hora de vísperas, el buen hombre que condujo las dos mujeres á Monza, se encontró ántes de tocar el umbral de su casa con un amigo de satisfaccion, al cual contó con gran sigilo la buena obra que aca-

baba de hacer y todo lo demás; y el *Canoso* dos horas despues pudo volver al palacio de D. Rodrigo á darle cuenta de que Lucía y su madre se habian acogido á un convento de Monza, y que Lorenzo habia continuado su camino á Milan.

La separacion de Lorenzo y Lucía excitó en el ánimo de D. Rodrigo un indigno placer, y comenzó á concebir la infame esperanza de lograr su objeto.

Ocupó una gran parte de la noche en idear el modo, y se levantó por la mañana con dos proyectos, el uno decidido, y y el otro en bosquejo. Reducíase el primero á enviar á Monza al *Canoso* para que se impusiese mejor de la situacion de Lucía, é indagase si se podia intentar alguna cosa. Hizo, pues, llamar á su fiel bandolero, le plantó en la mano los cuatro escudos, celebró la habilidad con que los habia ganado, y le dió la órden premeditada.

— Señor... — dijo titubeando el *Canoso*.

— ¿ Qué ? ¿ no me has entendido ?

— Si Useñoría quisiese enviar á otro...

— ¿ Cómo ?

— Ilustrísimo señor, yo estoy pronto á dar la vida por mi amo; es mi obligacion; pero si Useñoría no quiere aventurar demasiado la vida de sus criados...

— ¿ Pues qué hay ?

— Useñoría no ignora los pregones que tengo encima. Aquí estoy bajo la proteccion de Useñoría. El señor Podestá es amigo de casa; los esbirros me respetan; y yo tambien... Es cosa que no me honra mucho; pero para vivir con tranquilidad... los trato como amigos. En Milan conocen la librea de Useñoría; pero en Monza... á decir verdad, allí me conocen todos. Useñoría sabe (no es por alabarme) que el que me entregue á la justicia, ó presente mi cabeza, hace un buen negocio; cien escudos á toca teja, y la facultad de librar á dos reos.

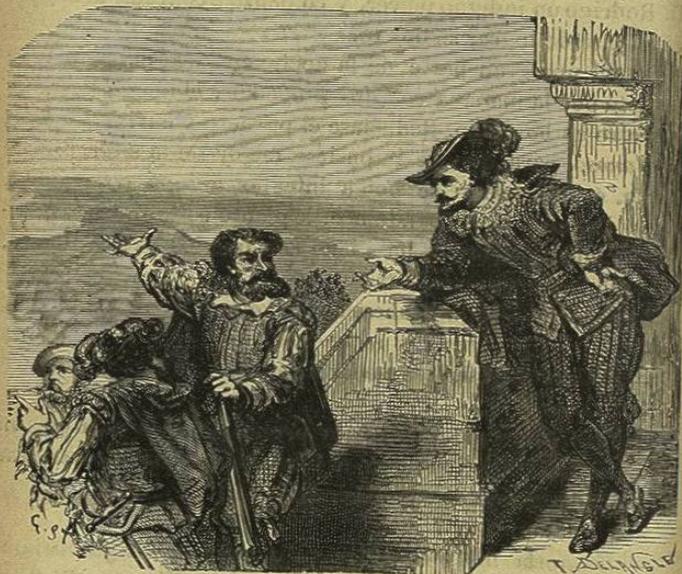
— ¡ Qué diablos ! — dijo D. Rodrigo. — Te vas pareciendo á aquella clase de perros que apenas tienen ánimo para tirarse

á las piernas del que pasa por su puerta, mirando atras para ver si le ayudan los de casa, sin atreverse á separarse cuatro pasos.

— Señor, creo haber dado pruebas...

— ¡ En suma !...

— En suma, — contestó el *Canoso*, picado, — haga Use-



El *Canoso*, reunido con los dos compañeros, partió.

ñoría cuenta que nada he dicho. Corazon de leon, piernas de liebre, y vamos andando.

— No pretendo que vayas solo : llévate un par de hombres de los mejores, y véte sin miedos. ¿ Quién quieres que diga nada á tres caras como las vuestras, que van tranquilamente por su camino ? Sería necesario que los esbirros de Monza tuviesen en poco su vida para aventurarla por cien escudos ; y luégo no creo ser allí tan poco conocido, que la calidad de criado mio no haya de valer algo.

Excitada de este modo algun tanto la vergüenza del *Canoso* le dió D. Rodrigo largas instrucciones, y aquel, reunido con los dos compañeros, partió con semblante alegre é impávido, pero renegando interiormente de Monza, de las mujeres, y de las voluntariedades de su amo.

El proyecto de D. Rodrigo era el de hacer que, ya que Lorenzo se habia separado de Lucía, no volviese á verla, ni á poner los piés en el país.

Ocurrióle hacer divulgar voces de amenazas y de insidias, que, llegando á sus oídos por medio de algun amigo, le quitasen la gana de volver á su tierra ; sin embargo, pensaba que lo más seguro sería buscar modo de hacerle desterrar del Estado ; y conocia que para esto hubiera sido mejor medio el de la justicia que el de la fuerza. Parecíale que no sería difícil abultar un poco la tentativa hecha en la casa parroquial, pintándola como una agresion ó un acto sedicioso, y valiéndose del abogado Tramoya, persuadir al Podestá que estaba en el caso de librar un auto de prision contra Lorenzo ; pero madurando mejor las ideas, echó de ver que no le convenia revolver aquel negocio ; y sin alambicarse más el cerebro, determinó descubrirse al abogado Tramoya lo bastante para que comprendiese su deseo.

Mas así van á veces las cosas de este mundo. Mientras D. Rodrigo ponía la vista en el Abogado, considerándole como el hombre más á propósito para servirle en semejante negocio, otro hombre (¿ quién lo creyera ?), el mismo Lorenzo trabajaba en servirle de un modo mucho mejor y más eficaz de cuantos bubiese podido imaginar el letrado más embrollon. Vamos, pues, á ver cómo.

Despues de la dolorosa separacion que hemos referido, marchaba Lorenzo desde Monza á Milan, con el ánimo como cualquiera puede fácilmente imaginarse. Huir de su casa, de su país, y, lo que es todavía más penoso, de Lucía ; hallarse en un camino sin saber adónde iria á parar, ; y todo por causa de aquel bribon ! Cuando pensaba en esto se encendia en cólera, y mil ideas de vengaza se asomaban á su imaginacion ;

pero acordándose entónces de la plegaria que con el buen fray Cristóbal habia dirigido á Dios en la iglesia de Pescarénico, desechaba todo pensamiento contrario á lo que en aquella ocasion habia ofrecido. No tardaba en volver á irritarse; pero viendo una imágen en la pared se quitaba el sombrero, y se paraba á rezar un poco, por manera que en aquel viaje mató más de veinte veces á D. Rodrigo, y más de veinte volvió á resucitarle. El camino, que en aquel tiempo iba entre dos ribazos, era muy fangoso, y con carriles tan profundos, que en cuanto llovía un poco, formaban arroyos; y cuando estos no bastaban en algunas partes á contener el agua, todo el camino se convertía en un pantano, haciéndose intransitable. En estos puntos ciertos hoyos en el vallado, á manera de escalones, indicaban que habian servido á otros viajeros para tomar el camino por los campos. Subió Lorenzo por ellos, y puesto en paraje más elevado, vió delante de sí aquel grande edificio de la catedral de Milan llamado el *Duomo*, que por la distancia no parecia fundado en medio de una ciudad, sino en un desierto. Olvidando por un instante sus males, se paró á contemplar aquella octava maravilla de que habia oido hablar tanto desde su infancia; pero volviendo despues la vista atras, vió en el horizonte aquella cordillera de montañas, y distinguiendo entre ellas por su elevacion el *Resegon*, se le heló la sangre en las venas: estuvo mirando con tristeza algun tiempo tan caros lugares, y suspirando profundamente, prosiguió su camino.

Poco despues empezó á descubrir las torres, las cúpulas y los tejados; bajó entónces al camino, anduvo todavia algun trecho, y cuando conoció que estaba muy cerca de la ciudad, se acercó á un caminante, y saludándole lo mejor que supo, le llamó la atencion diciendo:

— Perdone usted, caballero...

— ¿Qué se te ofrece, amigo?

— ¿Podria usted darme razon del camino más corto para ir al convento de capuchinos en donde está el padre Buena-ventura?

La persona á quien se dirigió Lorenzo era un habitante acomodado de las inmediaciones, que, habiendo ido por la mañana á Milan á sus negocios, se volvía más que de prisa sin haber hecho cosa alguna, deseando tanto hallarse en su casa, que de buena gana hubiera evitado aquella detencion; sin embargo, sin manifestar impaciencia, contestó con agrado:

— Amigo mio, hay más de un convento de capuchinos. Es preciso que me digas cuál es el que buscas.

Sacó entónces Lorenzo la carta del padre Cristóbal y se la



Empezó á descubrir las torres, las cúpulas.

entregó al caballero, el cual habiendo leído en el sobre « Puerta Oriental, » se la devolvió diciendo:

— Tienes fortuna: el convento que buscas está cerca: debes tomar esa vereda á la izquierda; algo más adelante encontrarás un edificio muy largo y bajo, que es el Lazareto, y siguiendo el foso que le rodea, irás á parar á la Puerta Oriental: entra por ella, y á los trescientos ó cuatrocientos pasos, verás una plazuela con álamos: allí está el convento: es imposible equivocarse. Véte con Dios.

Yacompañando estas últimas palabras con una cortesía, prosiguió su camino. Quedó admirado Lorenzo al ver el buen modo con que los milaneses trataban á los forasteros; pero ignoraba que aquel era un día fuera de lo ordinario, en que los señores más orgullosos y desatentos procuraban manifestar atención y popularidad. Siguió el camino que le indicaron, y se halló en la Puerta Oriental. Es necesario tener presente que todo aquel espacio era entonces muy diferente de lo que es en el día. Entró, pues, Lorenzo, y pasó adelante sin que los guardas le hablasen una palabra, cosa que extrañó muchísimo, porque de los pocos de su país que podían alabarse de haber entrado en Milan, había oído contar sus maravillas acerca de los registros, molestias y vejaciones que tenían que sufrir todos los que llegan de afuera. La calle estaba tan desierta, que si no hubiera oído cierto susurro lejano, que indicaba un gran movimiento, le hubiera parecido que entraba en una ciudad abandonada. Yendo más adelante sin atinar con lo que sería, notó en el suelo ciertas rayas blancas como si fuera nieve; pero como la nieve ni forma rayas, ni aquella era su estación, se acercó, y mirando y tocando, vió que era harina.

— Mucha abundancia — dijo para sí — debe haber en Milan, cuando se desperdicia de esta manera la gracia de Dios. Y luego nos dicen que en todas partes hay carestía. Eso es para que los aldeanos no nos alborotemos.

Pasó más adelante, y llegando á cierta distancia de una columna que existía en aquel tiempo, divisó al pié de la misma otro objeto todavía más extraño, esto es, en las gradas del zócalo, esparcidas ciertas cosas, que no eran guijarros, y que vistas en casa de un panadero, se hubieran tenido por panes. No se atrevía Lorenzo á creer á sus propios ojos, porque á la verdad no era aquel sitio á propósito para ello.

— Veamos, — dijo, — qué viene á ser esto.

Y acercándose á la columna, se bajó, cogió una de aquellas cosas, y vió que era un hermoso pan redondo, y de cuya calidad no solía comer sino en ciertos días.

— Es pan de véras, — dijo en voz alta; tan grade ranes

admiracion: — ¿de este modo le siembran en esta tierra? ¿y en este año? ¿Y no se incomodan en recogerle cuando se les cae? ¿Si será este el país de Jauja?

Con diez millas de camino en el cuerpo, y el fresco de la mañana, aquel pan tras de la admiracion le despertó el apetito.

— ¿Le cogeré? — decia para sí; — puesto que le han dejado aquí á discrecion de los perros, ¿no será mejor que lo coma un cristiano? Por último, si viene su amo, se lo pagaré y acabóse.

Razonando en estos términos, se metió en la faltriquera el que tenía en la mano, cogió otro y lo metió en la otra, y comenzando á comer otro tercero, echó á andar con más incertidumbre que nunca, ansioso de saber que novedad era aquella. Á los pocos pasos vió venir gente de lo interior de la ciudad: los primeros fueron un hombre y una mujer con un rauchacho detras.

Llevaban todos una carga que parecia superior á sus fuerzas, y los tres con extraña figura. Así los harapos que llevaban encima como sus caras estaban enharinadas, divisándose apenas la alteracion y el color encendido de sus rostros. El modo de andar no sólo era fatigoso por el peso, sino que tambien se advertia en él cierta dificultad como de miembros magullados y doloridos.

Llevaba el hombre colgando del cuello un gran saco de harina con algunos agujeros por donde salia porcion de ella á cada traspíe de los que con frecuencia daba; pero más rara era la figura de la mujer. Tenia, al parecer, un corpanchon desmesurado con los brazos larguissimos, que le sostenian con trabajo, y parecian dos asas encorvadas desde el cuello hasta el centro de una desmedida redoma.

De debajo de aquel corpanchon salian dos piernas desnudas hasta la rodilla que caminaban vacilando. Miró Lorenzo con atención, y vió que lo que formaba aquel gran cuerpo eran los guardapiés de la mujer levantados casi hasta el pesquezo, y tan atestados de harina, que de cuando en cuando salia algun poco.

El muchacho llevaba en la cabeza con las dos manos una canasta llena de pan, y como tenía las piernas más cortas que sus padres, quedaba detrás á trechos, y teniendo que correr de cuando para alcanzarlos, se le iban cayendo los panes de la canasta.

— Si dejas caer otro, pedazo de bruto... — dijo la madre al muchacho rechinando los dientes : — por vida de tal...

— Yo no los dejas caer, — respondió el muchacho : — si ellos se caen, ¿cómo lo he de remediar yo.

— Tu fortuna es — replicó la madre — que tengo las manos ocupadas

Y como al decir esto meneó los brazos, como si quisiese pegar al pobrecillo, vertió más harina que la que entraba en los dos panes que se le cayeron entónces al muchacho.

— Vaya, vaya, — dijo el hombre; — volveremos atrás para recogerlos, y si no, no faltarán otros pobres que los recojan. ¡Hace tanto tiempo que estamos muertos de hambre! Ahora que hay un poco de abundancia, gocemos de ella en santa paz.

Llegaba en tanto gente de afuera, y acercándose á la mujer uno de los que venían, le preguntó dónde se iba á coger el pan.

— Más adelante, — contestó la mujer; y estando aquellos á unos diez pasos de distancia, añadió refunfuñando : — Estos bribones de forasteros vendrán á limpiar todos los hornos y almacenes, y nada quedará para nosotros.

— Calla, mujer, — dijo el marido; ya que hay abundancia, deja que todos la disfruten.

Por esto y otras cosas semejantes, que vió Lorenzo, empezó á conocer que se hallaba en una ciudad sublevada, y que aquel era un día de rebatiña, es decir, que cada uno tomaba lo que quería, según su voluntad y su fuerza, dando en pago empellones y golpes. Por más que deseamos que nuestro serrano haga buen papel en la historia, no podemos dejar de decir que su primer sentimiento fué el de complacencia. Debía tan poco al estado ordinario de las cosas, que se inclinaba á probar todo lo que pudiera contribuir á mudarle, fuese como

fuese. Por otra parte, como no era hombre de luces superiores á las de su siglo, vivía en la absurda opinión de que los panaderos tenían la culpa de la escasez del pan: de consiguiente, creía justo cualquiera medio que se emplease para quitarles el alimento que ellos, según su concepto, negaban al hambre de toda una población.

Sin embargo, se propuso no meterse en la gresca, y se alegró de ir dirigido á un capuchino que le proporcionaría un asilo tranquilo y seguro. Con esta idea, y mirando á los nuevos conquistadores, que se iban presentando cargados de despojos, anduvo el breve camino que le quedaba para llegar al convento.

En donde se ve ahora un magnífico palacio con su hermoso pórtico, había entónces y duraba no hace muchos años una plazuela, en cuya extremidad estaban la iglesia y el convento de capuchinos con cuatro frondosos álamos delante. Nosotros felicitamos, y no sin envidia, á la porción de nuestros lectores que no

ha visto las cosas en aquel estado, porque quiere decir que son muy jóvenes, y por falta de tiempo habrán dejado de hacer no pocos disparates. Llegó Lorenzo en derechura á la puerta, se metió en el pecho el medio pan que le quedaba, sacó la carta, y tiró de la campanilla. Abrió el padre portero la rejilla, se asomó á ella, y preguntó quién era.

— Un forastero — respondió Lorenzo — que trae al padre Buenaventura una carta urgente del padre Cristóbal.

— Démela, — dijo el portero, metiéndola mano por la rejilla.



Démela, dijo el portero.